



LA QUINTA DE PEÑALBILLA.

Descripcion de una colonia agricola, que hace á sus nietos el abuelo.

(Continuacion.)

Capítulo VI.

El largo paseo que dimos por sembrados y bosques me habian, sin notarlo, producido algun cansancio, y como además se acercaba la hora del medio dia nos retiramos á la casa. Para mis compañeros de expedicion, que estaban acostumbrados á dar diariamente paseos como estos, el de aquella mañana nada habia tenido de particular. Tampoco yo habia sentido nada por el pronto, porque las maravillas que habia visto, la compañía de mis queridos amigos y las explicaciones de Juan de tal modo me habian embelesado, que hasta que estuvimos de vuelta en la casa no advertí que estaba muy cansado.

—De modo,—me dijo Juan por la tarde,—que no te encontrarás en dis-

posicion de repetir el paseo de la mañana.

—Ya sabes que los militares estamos siempre dispuestos á no sentir la fatiga.

—Y quien tantos paseos ha dado por entre los bosques vírgenes de la manigua, ya podrá dar uno por un suelo cultivado.

—Justamente. Y estoy dispuesto á seguirte donde quieras llevarme.

—Pues si con tales ánimos te encuentras, vamos inmediatamente, que no te pesará de haber hecho un pequeño sacrificio.

Los expedicionarios nos reunimos en mucho mayor número que por la mañana, pues se unieron á nosotros Irene con su hija y dos ó tres dependientes de la casa. Ya en marcha, me dijo Juan:

—Una de las experiencias que más hilaridad han causado á los que me tenían por loco, y que más satisfecho me ha dejado por sus resultados brillantes, ha sido la que vas á ver esta tarde. Como el objeto de cultivar la tierra no es otro que hacerla producir lo necesario para la vida del hombre, y como entre las necesidades que éste siente sea la primera el alimento, yo he tratado que mis tierras produzcan todo lo que buenamente puedan producir. Así es que además de los cereales y legumbres que con tanta exuberancia has visto producir á mi finca, tengo para mi sustento y el de los míos, y como uno de los principales ramos de mi riqueza, la cria de los animales.

Pero no creas que me he contentado, como hacen la mayor parte de los propietarios y colonos, con tener unas cuantas ovejas ó cabras y alguna docena de gallinas. Nada de eso. Aquí encontrarás, en mayor ó menor escala, la cria de animales de carne y de carga, de toda clase de aves domésticas y salvajes, en cuanto está en la mano del hombre. Pero sobre todo, dentro de ese cercado que tienes delante, y donde vamos á entrar ahora mismo, verás practicada la piscicultura con todas las reglas del arte.

Acabábamos, en efecto, de llegar á un cercado, dentro del cual habia entrado toda la familia, y nosotros, que con la conversacion nos habíamos que dado atrás, entramos los últimos.

—Este es,—dijo cuando estuve dentro,—el lago de las maravillas.

Y verdaderamente que merece ese nombre el precioso estanque que Juan habia construido en lo más bajo de las laderas de la montaña. No puedo precisamente determinar la extension que

ocupaba el lago. Era un espacio irregular, desmontado en gran parte en la falda de la montaña. En la parte más elevada se veia la boca de una cueva, de la cual salia un arroyito que, por una cascada de dos metros, se precipitaba en el lago. En medio de éste habia una isla, y en otros varios puntos algunos islotes, todos ellos poblados de monte bajo y unos cuantos árboles de sombra. A la parte del Norte se descubria una arcada, dentro de la cual estaban en perfecta alineacion un sin número de colmenas, y delante de ellas, rodeados de tomillos y romeros, tres ó cuatro silvestres *acebuches*, que, aunque nuevos, ya levantaban su copa por encima de las paredes de la cerca. Contiguo al colmenar se levantaba erguido un precioso torreón coronado de almenas, y con aspilleras en el frente que miraba al lago.

—¿Es este su castillo feudal?—dije.

—Haz cuenta que sí,—respondió Juan,—porque dentro de él encierro un feudo que, sin más gastos que unas pocas fanegas de algarrobas y unas cuantas horas de cuidado, figura en mis libros como una de las más seguras rentas.

—¿Y qué necesidad tenias para hacer un palomar, puesto que eso me doy á entender que es lo que vemos, de haber construido esta torre morisca?

—¿Y qué inconveniente habia, puesto que alguna forma le habia de dar, en darle una que agradara á la vista al mismo tiempo que llenase su objeto?

—Aplaudo tu modo de pensar, y ahora recuerdo que muchas veces en mis viajes he lamentado que los edificios, aún los más insignificantes, no afecten algun orden arquitectónico, porque, despues de todo, con los mis-



mos materiales y los mismos gastos que se hace una cosa incómoda y fea, puede hacerse otra que á la comodidad reuna el gusto.

En estos razonamientos nos habíamos quedado á la entrada de la cerca, al borde mismo del lago, á donde los dependientes de Juan nos trajeron dos lanchas, en las cuales nos embarcamos, y á fuerza de remo fuimos conducidos á la isla que en el centro mismo del lago se levantaba. Cuando pusimos en ella el pié, una multitud de patos salieron de entre los matorrales y se dirigieron graznando á los hijos de mi amigo, que empezaron á repartirles pedacitos de pan. Admirado me tenía la paciencia, el carácter y la constancia de Juan, que se me figu-

raba habia logrado cambiar la naturaleza de los hombres y de los animales. ¡Tan diferente era aquello de lo que por todas partes habia visto! De la isla pasamos á todos los islotes, y en todos ellos anidaban una infinidad de patos, cuyas hembras estaban entonces empollando, y de cuyas crias me dijo Juan que sacaba todos los años un buen producto. Despues de visitar aquel microscópico archipiélago, nos dirigimos hácia la cascada, desembarcando en una escalera de piedra que nos condujo á la puerta de la gruta. En aquel sitio parecia que se habian dado cita todos los pájaros de la comarca.

(Se continuará.)

C. L. E.

EN LA MAÑANA DEL JUEVES SANTO.

—No intentes ir al altar.
 ¿Qué tienes que ver allí?
 —¡Un Dios que muere por mí!
 ¿Hay más que ver y admirar?
 —Mira que entre los abrojos
 Del mundo andabas perdida.
 —Por eso del alma herida
 Brota la sangre á los ojos.
 —Si manchas Dios no consiente,
 No ha de sufrirte delante.
 —Por eso mismo anhelante
 Voy camino de la fuente.
 —Temiendo la justa pena
 Perderás vigor y tino.
 —No hay tal, que ya sé el camino
 Por donde fué Magdalena.
 —¿Te atreverás á llegar?
 ¡Tan alto tu audacia raya!
 —¿Cómo no quieres que vaya
 Cuando Él me viene á buscar?
 —¡Allí hay sangre!

—En ella fio.

Corre para mi perdon,
 Pues brota en su corazon
 Y lava y enciende el mio.
 —¿Y es recibirle tu intento?
 ¡Es todo un Dios aunque muere!
 —Desde que sé que Él lo quiere
 Con ménos no me contento.
 —¿Cómo á tan alto Señor
 Sin méritos vas serena?
 —¿Cómo? Gimiendo de pena
 Y estremecida de amor.
 —Ciega estás.

—Él me da luz
 De su existencia en la fé.
 —Mucho esperas.

—Siempre hallé
 Dulce esperanza en su cruz.
 —Te dejo porque estás loca.
 —¡Oh! ¡Qué dichosa locura!
 ¡Quién tuviera la ventura
 De que no fuera tan poca!

JOSÉ HERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL JUEVES SANTO.

Por doquiera silencio sepulcral, tristeza sublime que embarga el alma, religioso luto en el corazon humano, verdaderas lágrimas, semejantes á preciosas perlas, que ruedan por las mejillas de los mor-



JESUS CAMINANDO AL SUPPLICIO.

tales, ceremonias religiosas en los templos y oraciones sagradas que brotan de los labios de los sacerdotes para explicarnos los santos misterios de la Religion cristiana: he aquí lo que señala el grandioso dia de Juéves Santo, en el cual se celebra la fiesta solemne del Santísimo Sacramento, instituida por el

mismo Jesucristo la víspera de su muerte. Nuestro Salvador hizo reunir á todos sus apóstoles en derredor suyo para celebrar con ellos el acto más admirable, cual fué la comida del cordero pascual. No habiendo exceptuado á nadie, asistió el mismo Judas á la sagrada cena, en la cual, en presencia de todos sus

discípulos, verificó el sacrificio de su carne y sangre para ser ofrecida á todos los hombres bajo las especies eucarísticas. Consumado el acto, Jesucristo ordenó á sus apóstoles ofreciesen al Dios Eterno la obla-

ción única de un valor infinito, el cual iba á ser voluntariamente la ensangrentada hostia sobre la cruz, pero que hasta la consumación de los siglos sería ofrecida de una manera incruenta, tan glorio-



EL CALVARIO.

sa para el Creador como saludable para las criaturas que acudan con fé religiosa á los santuarios del mundo católico. Despues de haber establecido de este modo el sacerdocio de su Iglesia, convirtió en pan su sagrado cuerpo y en vino su preciosa sangre, dándoles con su propia mano aquel divino manjar

á los felices testigos del más santo de sus dones; y cual la víctima de propiciación, presente en todas partes para satisfacer á la infinita justicia y obtener los inestimables premios de la bondad divina concedidos á los sinceros votos de los que piden en nombre de Dios nuestro Señor, produciendo un asombro

inexplicable se entregó El mismo como alimento de las almas de los míseros mortales.

Y dijo Jesus al darles el pan: «Tomad y comed: este es mi cuerpo, que es dado por vosotros y será entregado por vosotros: haced esto en mi memoria.» Al entregarles el vino: «Bebed todos, porque esta es mi sangre, la sangre que es el sello de la nueva y eterna alianza que Dios contrae con vosotros y será derramada para la remision de los pecados de todos los hombres.»

¡Imposible que hubiera dejado una prenda más preciosa de su amor sagrado el Salvador divino! ¿Puede el humilde siervo de Dios, ó sea el fervoroso cristiano, pagar de algun modo la deuda en que se encuentra su alma? ¡Únicamente puede admirar la santa humildad de nuestro Salvador, imitar sus puros sentimientos, pensar que su amor á las criaturas no le permitió abandonarlas, y para quedarse en ellas hasta la consumacion de los siglos instituyó su sacrificio como Sacramento divino; reflexionar que por muchos méritos que hagamos en este mundo, obra que revela su omnipotencia, nunca podremos asemejarnos á los sobrenaturales actos suyos, porque existe, no sólo diferencia esencial en los efectos propios, sino absoluta diversidad en sus causas, entre las cuales se opone la inmensa y mayor de todas las

distancias, que es la que media entre el poder finito de la criatura y el infinito del Creador; y por último, dar á Jesucristo eternas gracias por su inestimable beneficio!

Mas nuestro Señor, ántes de reunir en derredor de la santa mesa á sus queridos discípulos, les lavó los piés con sus propias manos, acto que dejó asombrados á todos los apóstoles, y del cual no es posible hacer una más exacta representacion que la práctica que verifica la Iglesia católica. Un sacerdote y doce pobres efectúan con verdadero fervor religioso la ceremonia del lavatorio.

Son tantas las que tienen lugar en el sagrado dia de Jueves Santo, que sólo con recordarlas goza el alma mia, y henchido de la más agradable emocion fijo mis ojos en el cielo, elevo humilde plegaria y exclamo: «¡no hay felicidad mayor que reconocer la omnipotencia del Altísimo, ni dicha más inmensa que ser verdadero creyente, ni Religion más santa que el Cristianismo!»

La absolucion de los pecadores es una de las principales ceremonias de este dia, uniendo á la grandeza de su efecto la antigüedad de su práctica. Hay auténticos monumentos del siglo iv en que se hallan pruebas evidentes de que se verificaba en aquella época. Además, las opiniones de varios genios de la Iglesia, entre las cuales tene-

mos la de San Gerónimo, que en una de sus cartas dice que el día antes de Pascua se veía en Roma á la puerta de la basílica de San Juan de Letran á los penitentes esperando á que se les hiciese entrar en el templo y obtener en su recinto el perdón tan anhelado por sus arrepentidas almas. Una carta del Papa Inocencio I está conforme en todo con una antigua homilía del obispo de Noyon, San Eloy, en la que se consigna que la costumbre de la Iglesia era unir al lavatorio de los pies la absolución de los penitentes. En nuestros días, en el acto de besar la sagrada Cruz el Monarca, indulta de la pena capital á tres reos, elegidos anteriormente. Ahora se fija el número, antes eran perdonados todos los que habían sido excluidos del santuario de la fé sacrosanta; pero siempre, aunque varíe en algo la ceremonia, es el mismo el fin de ella; es en todas épocas el de absolver de los pecados de su alma á los míseros mortales.

En este grandioso día de Jueves Santo los fieles que asisten á las iglesias escuchan, después que se

verifica el lavatorio, el sermón del Mandato, que tiene por objeto explicar á los creyentes esta práctica religiosa, iniciada por el Salvador del mundo; y antes de las Tinieblas, el sermón de Pasión, discurso oratorio en que el sacerdote expone cuánto sufrió nuestro Dios por salvar del pecado á las criaturas.

Son tantas y tan interesantes y conmovedoras todas las ceremonias que se realizan en este sagrado día, que se imposible hacer mención de todas. Con lo dicho basta, sin embargo, para comprender que el Jueves Santo es el día más grandioso del año, y en el cual debemos correr á los templos, visitar con verdadero fervor religioso sus majestuosos monumentos, y escuchar silenciosamente las sublimes preces que resuenan en el único lugar donde, al resplandor de los cirios, se contempla la imagen de Jesucristo colocada en un sepulcro.

¡El espíritu se extasia al meditar que adora el Cristianismo la sublimidad que encierra en sí el sagrado día de Jueves Santo!

RAFAEL ABELLAN Y ANTA.

ACTUALIDADES.

Acompaña á este número el pliego 15 de la *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, escrita por D. Manuel Ossorio y Bernard.

*
* *

Suprimimos todas las noticias del momento y otros originales para consagrar nuestras páginas á los asuntos religiosos de la actual semana y al Centenario del inmortal Murillo.

CENTENARIO DE MURILLO.

La Concepcion.
Santa Isabel, reina de Hungría.
Los niños de la concha.
Sacra Familia.
El niño del borrego.
San Bernardo.
Santa Ana y la Virgen.
San Ildefonso.
Martirio de San Andrés.
La adoracion de los pastores.



La Magdalena.
Moisés en el desierto.
Los medios puntos.
San Antonio.
Rebeca y Eliezer.
Santiago.
Jesucristo en la Cruz.
El hijo pródigo.
La Porciúncula.
Caida de San Pablo.
La Anunciacion.

NACIÓ EN PILAS (SEVILLA) EN 1.º DE ENERO DE 1613.

Murió en Sevilla en 3 de Abril de 1682.

Madrid ha celebrado el segundo Centenario de la muerte del gran pintor sevillano con tanta sencillez como solemnidad. El lunes 3 de Abril á las once de la mañana se verificó en la iglesia de San Isidro el Real brillante funcion religiosa, costeada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Terminada ésta, se congregaron en el pórtico del templo comisiones de todas las Academias y establecimientos de enseñanza, la Sociedad de Escritores y Artistas, el Círculo de Bellas Artes, la Sociedad denominada *La Acuarela*, representantes de la prensa periódica y amantes y admiradores del genio en cuyo honor se hacía la manifestacion. Esta comitiva se dirigió procesionalmente por la plaza Mayor, calle Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá y Prado, á la plaza de Murillo, á fin de depositar, como se hizo, al pié de la estatua del gran pintor coronas y ramos, al mismo tiempo que desde el balcon principal del Museo se arrojaban versos y flores por señoras y señoritas que cultivan el arte. Los edificios que ocupan la Academia, el Museo, el Círculo de Bellas Artes y otros estuvieron colgados é iluminados, y por la noche á las nueve se celebró una velada literario-artística en el gran salon de la Escuela de Música y Declamacion.

Los pueblos que así saben honrar á sus hijos ilustres se honran á sí mismos.